

2/5

EL POBRECITO HABLADOR

Año I

Periódico decenal, literario, ilustrado.

Núm. 5.º

SUMARIO

TEXTO

LO QUE PASA

por A. Sánchez Pérez.

A «EL POBRECITO HABLADOR»

por José Jackson Veydn.

MUSIÚ CHULETA

por José Zahonero.

CANTAR

por Micrófalo.

LA VIRTUD DE LA ALCALDÍA

por Rafael Torromé.

SEÑAS PARTICULARES

por Eduardo de Palacio.

PÓSTUMA

por Francisco A. de Icaza.

MENUDENCIAS

GRABADOS

TIPOS POPULARES

por J. Araujo.

En los toros.

por Cilla.

Niñerías.

por Polanco.

EN LA PLAZA DE ORIENTE

por Cilla.

Tipos populares, por J. Araujo.



— ¡Miel de la Alcarrial



MADRID 11 DE ABRIL DE 1890

LO QUE PASA

«Y pues que, al cabo, se va
y nos abandona así,
que le vaya bien allí;
pero que se vuelva acá.»

Eso dijo Miguel Ramos Carrión en el banquete de despedida con que obsequiaron á Leopoldo Cano algunos autores dramáticos y varios amigos que pudieron disponer—y fué poder bastante—de quince pesetas que costaba el cubierto; eso repito yo, desde aquí, al inspirado autor de *La Mariposa*: «que le vaya bien en Puerto Rico y que vuelva cuanto antes á España... si le conviene.» Y observen ustedes que principia á manifestarse en nuestros autores dramáticos una tendencia de emigración hacia el Nuevo Mundo, reveladora tal vez de que no se hallan muy á sus anchas en el Mundo Antiguo. No han transcurrido muchos meses desde que Emilio Alvarez, el aplaudido autor de *Esos son otros López*, se ausentó de España para dirigirse á Chile; hace pocas semanas daban los periódicos la noticia de que el inspirado autor de *La capilla de Lanuza* y de *El castillo de Simancas*, el famoso Marcos Zapata, se había embarcado con rumbo á la República Argentina; cuando los lectores de EL POBRECITO HABLADOR pasen la vista por estas líneas, el celebrado autor de *Gloria* y de *La Posionaria* navegará hacia Puerto Rico. Ciertamente ni para Marcos Zapata ni para Emilio Alvarez hubo despedida cariñosa, ni regocijados banquetes, ni corona de plata, ni brindis en verso, ni discursos en prosa; pero de esto no tiene la culpa Leopoldo Cano, ni en realidad la tiene nadie; las cosas han rodado así y no hay por qué ni para qué levantar acta de esas desigualdades; pues al fin y á la postre, por muy democrata y muy igualitario que sea uno, harto sabe que, por ahora y sin perjuicio, eso de la igualdad es un sueño. Leopoldo Cano, Marcos Zapata, Emilio Alvarez, tres amigos queridos, tres excelentes poetas, tres aplaudidos autores dramáticos, nos han abandonado en muy diferentes circunstancias; no importa: las tres separaciones han sido igualmente dolorosas para cuantos de veras los querían, y de verdad también les deseamos, en las nuevas sendas emprendidas, mucha prosperidad y bienandanza duradera. De lo que el inspirado autor de *El reloj de Lucerna* y el refundidor inteligentísimo de *El castigo sin venganza*, habrían dicho á sus amigos y á sus compañeros si éstos les hubieran despedido con banquetes y con versos, no sería juicioso hablar; porque ¿quién va á imaginar eso? Lo que dijo Leopoldo Cano, en una sentida composición, que han publicado muchos diarios, terminaba así:

«La calumnia acecha:
guardadme la espalda.
Vuestro amigo no hará cosas feas,
ni siquiera un drama.»

De que Leopoldo Cano, el pundonoroso y digno oficial del cuerpo de Estado Mayor del ejército, no hará cosas feas, estamos profundamente convencidos todos, y lo estábamos antes de que él nos lo dijera; de que la calumnia le acecha, no podemos estarlo tanto. Leopoldo Cano, al salir de la Península, sólo deja amigos; solamente amigos dejará en la pequeña antilla cuando vuelva á nosotros.

Y hablando, hablando de poetas y de autores dramáticos, surge espontáneamente la idea de hablar un poco de teatros; algo diría yo, de muy buena gana, del legítimo triunfo logrado por Eusebio Sierra, en la representación de un cuadro primoroso y encantador que se titula *La Romería de Miera*; pero, ya se ve, Eusebio Sierra y yo, somos buenos amigos, hemos sido compañeros en varios papeles, y hasta un poquito correligionarios desde hace muy cerca de veinte años, y mis elogios—que por otra parte son innecesarios—podrían parecer interesados; además, yo soy también algo así como medio autor dramático (aunque malo); y... vaya usted á saber si quien no me conozca daría á mis alabanzas, por sinceras que fuesen, los comentarios de una solicitud para lo futuro; dejo, por consiguiente, en paz á *La Romería de Miera*, que sin mi apoyo recorrerá perfectamente su camino de triunfos, y saludo á la artista insigne Eleonora Dusse, como á una nueva conocida, y doy la bienvenida á las magias que representan en el Español y en Novedades como á dos amigas antiguas.

Debo confesar, en descargo de mi conciencia, que cuando digo de

Eleonora Dusse que es artista insigne, lo digo bajo la responsabilidad de muchos que la han visto y la han admirado y que se hacen lenguas de su mérito; yo, hasta la hora presente, sólo he visto su retrato, que pueden haber visto, lo mismo que yo, cuantos han concurrido al teatro de la Comedia en las dos últimas temporadas.

Bien sabe Dios cuánto deploro que los precios de las localidades no estén al alcance de todas las fortunas, y, sobre todo, que no estén al alcance de la mía—que es lo que á mí me importa;—pero no me ocurre dirigir un cargo por esto á la artista, porque, á más de que reconozco y respeto el indiscutible derecho que cada cual tiene de poner á su trabajo el precio que le viniere en voluntad, sé de buena tinta que los billetes para la primera representación se han pagado á precios fabulosos; á *peso de oro*, me decía un revendedor que me otorgó la merced de venderme un billete por el cuádruplo de su precio, encargándome por Dios y por todos los Santos que nadie supiera aquella locura que en obsequio mío había realizado; hecho elocuentísimo que es prueba incontestable de que, aun siendo, como lo son efectivamente, muy elevados los precios de las localidades, hay público que puede y quiere pagarlos más elevados todavía.

¿Lo hacen por ver, por oír, por juzgar á Eleonora Dusse? ¿Lo hacen por acomodarse á las exigencias del *buen tono*, por no faltar á un sitio al que es de presumir que en tal noche concurra el *todo Madrid* de las grandes solemnidades?... *Chi lo sa?*... Es decir, yo sí lo sé, y ustedes lo saben, y lo sabemos todos, pero ¿á qué hablar de ello, si no vamos á remediarlo?

Ya me parece oír cómo, algún lector aficionado á poner reparos á todo, dice: «Pero si usted compró al revendedor de que antes nos hablaba ese billete, ¿por qué afirma usted que no ha visto á la Dusse?»

La cosa, aunque parece incomprensible, tiene explicación sencillísima: Eleonora Dusse, cuya presentación ante nuestro público estaba anunciada para el lunes, tuvo necesidad (por causa de una ligera indisposición) de aplazar el comienzo de sus tareas para el miércoles. Ahora bien: en publicaciones de la índole de EL POBRECITO HABLADOR es absolutamente necesario, por imponerlo así exigencias de ajuste y tirada, que el original se escriba con dos días de anticipación; véase por qué estas cuartillas van á la imprenta el miércoles por la mañana, justamente el día mismo en cuya noche se ha de verificar la función, de la que nada podré decir hasta el número venidero.

Valga esta explicación, de una vez para siempre, á los que echen de ver—y al echarlo de ver me honrarían muy de veras—que en esta crónica, ó como ustedes quieran llamarla, van algo atrasadas las noticias.

A propósito de noticias, quiero—y me parece además que debo—explicar á ustedes también por qué he prescindido por hoy en absoluto de la política. Pues ha sido porque continúan discutiendo el mismo asunto: el de la carta de Dabán, que ahora ya no es el asunto de la carta, sino el de las cartas, pues han sobrevenido otras.

Yo, en buena hora lo diga, soy de mí, hombre pacífico, y cuando he visto que los espíritus se acaloran, que las pasiones se exageran, que denuncian á *El País* y á *La Correspondencia Militar* (perances ambos que de todo corazón lamento), he recordado aquello de profesar santo silencio,

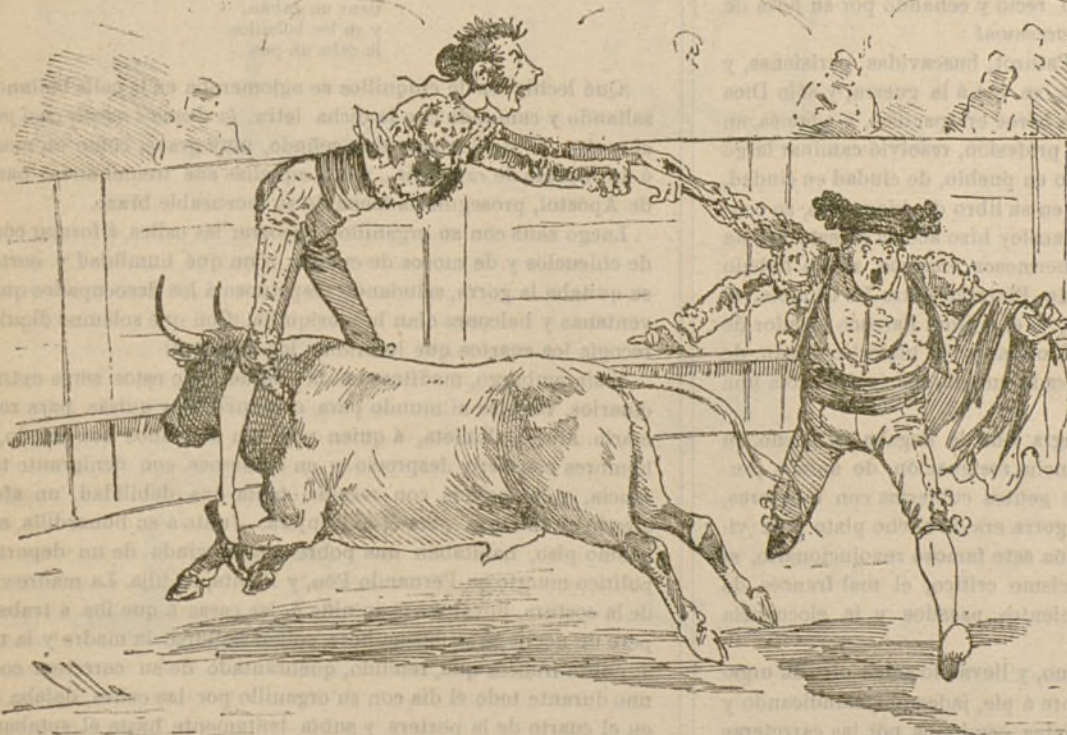
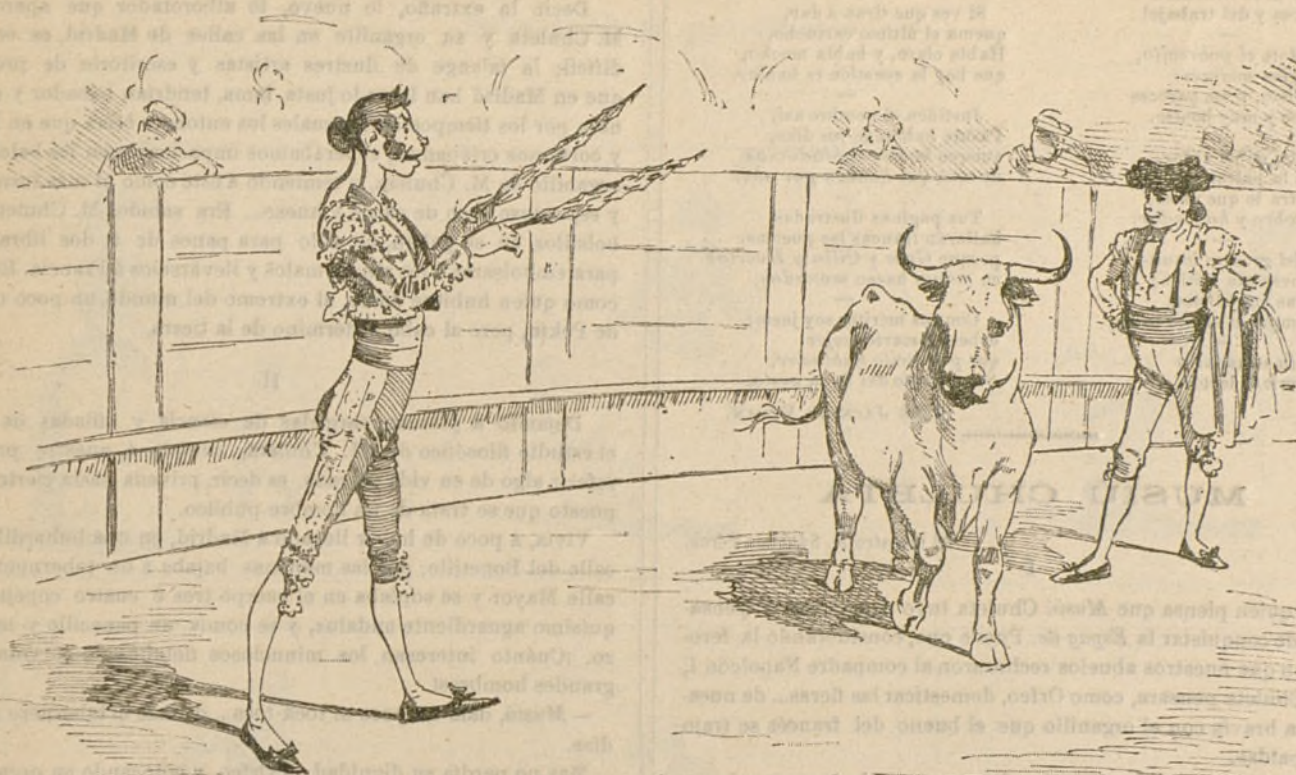
pues consta que por callar
á nadie se hizo proceso;

y callo lo mismo que un difunto, sobre si Pavía y Alburquerque, el que en 1874 atropelló la Representación nacional, es el indicado para defender la inmunidad parlamentaria y sobre si es edificante que los diputados del país, cuando aún no han discutido los presupuestos, falten á la sesión un miércoles para asistir á los Oficios, y un sábado para acudir al Senado, y un lunes para concurrir á los toros; y sobre si me parece muy lógico que un General diga en el Senado que preferiría ser alférez á ser senador; porque á mí me sucedería lo mismo;... aunque preferiría á ser alférez, ser General, por supuesto.

Del proceso formado al Ayuntamiento de Madrid, del expediente instruido contra nuestra Diputación provincial y del asunto de Oteiza, tampoco hablo, porque nada se dice de ellos, y presumo que llegarán á ser de esas cosas que se pierden en la noche de los tiempos.

Pero no he de ocultar la extrañeza con que he leído que un sir Morell Mackenzie, doctor en no sé qué,—si bien puede serlo *in utroque*,—ha descubierto que el fumar no perjudica, siempre que

En los toros, por Cilla.



UN PAR CAMBIADO

se haga ajustándose á consejos que él da, y uno de los cuales es que *del puro no se fume más que la mitad*.

Porque, según él dice, «los turcos, que han convertido el fumar en un arte acabadísimo, tiran siempre la mitad del cigarro, sea de papel ó puro.»

La razón no me parece convincente.

Los turcos hacen muchas majaderías que no hacemos aquí, porque no estamos entre turcos.

¡Pues saben ustedes que si seguimos el consejo iba á salir barato el fumar!

¡Vamos, que al doctor Mackenzie le ha subvencionado la Compañía tabacalera!

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Á «EL POBRECITO HABLADOR»

Asomaste la cabeza
y á ser tu amigo me obligo.
Por instinto soy amigo
del *pobrecito* que empieza.

Poca defensa tendrás
en mi apoyo desdichado,
pero conste que á tu lado
tienes *otro pobre* más.

Hay doscientos semanarios:
de escribir aumenta el vicio,
y todos los del oficio
son, sin querer, tus contrarios.

Cada día se presenta
un autorcillo novel,
y sale al mundo un papel
con caracteres de imprenta.

Siglo de la ilustración,
su próximo fin advierte,
y en los brazos de la muerte
sueña con la producción.

Siglo que con soberana
voluntad batalladora
dió al vapor fuerza motora
y al hierro palabra humana.

¡Siglo feliz que nos trajo
el bien y en su hora postrera
da su vida en la trinchera
del progreso y del trabajo!

Haciéndote el *pobrecito*,
justos elogios mereces:
yo te he visto, y me pareces
muy ameno y muy bonito.

Pelea con noble ardor,
hoy que á la palestra sales,
y demuestra lo que vales,
aunque *pobre y hablador*.

Huye del grosero insulto
y de la enconada crítica;
no te metas en política;
busca siempre el chiste culto,

y será tu semanario
para el curioso lector,

en vez del *pobre hablador*,
el *hablador millonario*.

Si ves que tiran á dar,
quema el último cartucho.
Habla claro, y habla mucho,
que hoy la cuestión es hablar.

Justifica el nombre así.
Pásate hablando tus días,
aunque *hables habladurías*
de esas que hablan por ahí.

Tus páginas ilustradas
hallarán francas las puertas,
porque *Gros y Cilla y Huertas*
en monos hacen monadas.

Con tus méritos soy justo;
debes llamarte mejor
que *pobrecito hablador*,
Semanario del buen gusto.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

MUSIÚ CHULETA

Al maestro A. Sánchez Pérez.

I

Hay quien piensa que Musiú Chuleta tuvo el audacísimo pensamiento de conquistar la *España*. Puede que, considerando la ferocidad con que nuestros abuelos rechazaron al compadre Napoleón I, Musiú Chuleta pensara, como Orfeo, domesticar las fieras... de nuestra tierra bravía con el organillo que el bueno del francés se trajo á las espaldas.

Musiú Chuleta era un francés alto, gordo y de buenos colores; pasó los Pirineos apoyado en nudoso bastón; tiritando de frío unas veces, abrumado otras bajo el peso de su enorme cajón de música, sudando la gota gorda, resoplando recio y echando por su boca de *canards*, mucho *mondiú* y mucho *sacrenum!*

Era compatriota de Jerónimo Paturot, buscavidas parisiense, y de Mambrú, que, como es sabido, se fué á la guerra, y sólo Dios sabe cuándo volverá; pero nuestro héroe era pacífico, y además, en vez de tomar cada día una nueva profesión, resolvió caminar largo tiempo con su organillo, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, alegrando á las gentes. Ni Cantú, en su libro de biografías, se ocupa de este notable personaje, ni Mansley hizo acerca de este artista por mecánica, ninguno de sus hermosos ensayos, ni ha habido quien hiciera paralelo como los de Plutarco entre M. Chuleta, el primer manipulador de organillo, y el último Farruco tocador de gaita. El pueblo recuerda á M. Chuleta y su histórico gabán, de amplios y profundos bolsillos, en cada uno de los cuales cabía una hogaza castellana.

M. Chuleta, con su barba negra que le llegaba al pecho, su humeante pipa en la boca y su mucha resignación de ánimo, pretendió vivir de gorra en medio de gentes cubiertas con monteras, barretinas, boinas y calañés... Su gorra era de ancho plato y de visera charolada. Así entró en España este famoso revolucionario, al cual, quizás, debemos el escepticismo crítico, el mal francés de nuestro idioma, los pronunciamentos pasados y la elocuencia del organillo.

Pocas veces caballero en un asno, y llevando sobre otro su organillo, algunas en carro, casi siempre á pie, jadeando, claudicando y con su máquina maravillosa á cuestras, caminaba por las carreteras el valeroso M. Chuleta. En muchos lugares bárbaros se le recibía á pedradas, é iba con miedo ante el peligro de hallar á su paso la terrible navaja, ese vilísimo reptil de las armas...; sufría el pobre aventurero los insultantes dicterios de *gabacho*, *franchute* y *judío*, y en ocasiones aquel su organillo era para él más pesado que una cruz... Por ella iba á redimirse de la pobreza, transportaba de una á otra parte la novedad del organillo automático, y difundía las composiciones de Rossini, de Bellini, de Verdi, un buen número de gavotas y de danzas, cuatro valeses y polkas muy de moda, y, en fin, marcha real española para saludar al Viático, si le hallaba, jota aragonesa para halagar el espíritu nacional de España, y en los registros secretos de su máquina diabólica, algunos himnos liberales, entre ellos ¡cielo divino! el himno de Garibaldi.

Trajo en aquella su caja, como la de Pandora, encerrados todos los males, el sentimentalismo romántico de *La Traviata*, el secreto de la palabrería lisonjera en los himnos revolucionarios, la bullanga de las calles y el artificio industrial exótico contra el arte patrio,

contra el espíritu indígena de nuestras rozagantes guitarras, repicoterías bandurrias, contra la crotología y panderotología.

Decir lo extraño, lo nuevo, lo alborotador que aparecieron M. Chuleta y su organillo en las calles de Madrid, es empresa difícil; la falange de ilustres artistas y escritores de provincia que en Madrid han logrado justa fama, tendrían babador y chichonera por los tiempos en los cuales los entonces *bebés* que en la villa y corte nos criábamos, esperábamos impacientes en los balcones al organillo de M. Chuleta, y temiendo á éste como al más formidable y espantoso coco de carne y hueso... Era sabido: M. Chuleta tenía bolsillos en su gabán, no sólo para panes de á dos libras, sino para embolsarse á los chicos malos y llevárselos á Francia. Esto era, como quien hubiese dicho, al extremo del mundo, un poco más acá de Pekín, pero al cabo al término de la tierra.

II

Dejando á plumas cargadas de ciencia y afiladas de crítica el estudio filosófico de M. Chuleta, cumple á nuestro propósito referir algo de su vida privada, es decir, privada hasta cierto punto, puesto que se trata de un hombre público.

Vivía, á poco de haber llegado á Madrid, en una buhardilla de la calle del Bonetillo; por las mañanas bajaba á un tabernucho de la calle Mayor y se soplabá en el cuerpo tres ó cuatro copejas de riquísimo aguardiente andaluz, y se comía un panecillo y un chorizo. ¡Cuánto interesan los minuciosos detalles de la vida de los grandes hombres!

—Musiú, dale un poco al toca-toca... decíale el tabernero algunos días.

Mas no perdía su dignidad el Orfeo, y colocando su organillo en un banqueteo, daba vueltas al manubrio... haciendo resonar aquello del *Rigoletto*:

Musiú Chuleta
tiene un gabán,
y en los bolsillos
le cabe un pan.

¡Qué lechigada de chiquillos se aglomeraba en la calle bailando y saltando y cantando con la dicha letra: *la donna é mobile cual picua al vento*!... Y M. Chuleta, muy ceñudo, muy grave, como un músico ó un filósofo de *extranjis*... y con aquellas sus tremebundas barbas de Apóstol, proseguía la faena de su incansable brazo.

Luego salía con su organillo á recorrer las calles, á formar corros de chicuelos y de mozos de cuerda. ¡Con qué humildad y cortesía se quitaba la gorra, saludando respetuoso á los desocupados que en ventanas y balcones ofan la musiquilla! ¡Con qué solemne dignidad recogía los cuartos que le tiraban los *dilettanti*!

Y sin embargo, medítase en la grandeza de estos seres extraordinarios, venidos al mundo para conmovérselo y quizás para reformarlo. Musiú Chuleta, á quien miraban los niños con miedo, los hombres con fiero desprecio y en ocasiones con denigrante tolerancia, y la policía con recelo... tenía una debilidad, un afecto creado en la tierra para él extranjera... Junto á su buhardilla, en el mismo piso, habitaban una pobre mujer, viuda de un deportado político muerto en Fernando Póo, y Pepita, su hija. La madre vivía de la costura, llevábase á su niña á las casas á que iba á trabajar; pero de noche, á la misma hora, solían hallarse la madre y la niña al pobre francés que, rendido, quebrantado de su corretear continuo durante todo el día con su organillo por las calles, dejaba éste en el cuarto de la portera y subía lentamente hasta el sotabanco. Fué aquella relación que hubo de establecerse entre dichos vecinos, primero un cambio de obligadas palabras, meros saludos, coloquios luego sobre cosas indiferentes... la niña, prendida á las sayas de su madre, fijaba aterrada sus ojos en el barbudo M. Chuleta; al fin se acostumbró á verle, y acabó por reírse al oírle hablar en chapurrado español.

Fué al cabo de algún tiempo caso muy curioso ver á la niña mover sin respeto ni miedo alguno el manubrio del organillo, y sorprendente hallarla sentada en las rodillas del terrible gabacho, jugando con las espantosas barbas.

—¿Por qué le chillarán esas gentes?... No parece sino que es usted sordo ¡Dios mío! ó que por gritar han de hacerle á usted entender el castellano que no entienda, solía decir enojada la madre de la niña á su vecino M. Chuleta. ¡Y qué de cosas añadía cuando de él y en ausencia de él hablaba! ¿Que por qué estará aquí y no en su tierra? ¡Quién sabe! No será por nada malo, porque el que tiene ley á las criaturas, no es ningún malvado; puede que sea [por causas

Niñerías, por Polanco.



políticas, así como mi pobre Juan. Dicen que el francés es un gandul... Cada cual escoge el oficio ó el modo de vivir que puede; además que no es tan agradable ir por esas calles con el organillo á cuestras haciendo oír música que divierte, y oyendo, en cambio, lo que ese buen hombre oye todos los días. Hay quien dice que es pobre; otros que llena codiciosamente el bolsón; ¿pone él una pistola á nadie? Píde, le dan, aquí paz y después gloria. Si el hombre gasta, mal; si no gasta... ¡Uf! ¡Desdichada mil veces la criatura que se ve lejos de los que le quieren, y del cielo, la tierra y el sol que la vieron nacer!

Tal y como lo decimos, ni más ni menos, así hablaba Polonia la costurera; y no había de achacarse á mala idea el interés, ni por asomo había entre ellos esos refocilamientos de bestia en el lodazal, que son para la endiablada malicia comidilla gustosa; entre

otras razones no era posible, porque Polonia era mujer entrada en años y gastada por los sufrimientos.

Sonreír en medio de una vida azarosa, sentirse acariciado en la soledad por las manos de un niño que aparece inesperadamente y tal vez con sus besos borra terribles preocupaciones y contiene la furia de la desesperación... es naturalísimamente grato.

Sensible es decir que aquel M. Chuleta no había sido ningún furioso barricadero de París, no era un oso perseguido; no era un escapado de Tolón, personaje de folletín...; era un pobre diablo que se había atrevido á sufrir el fiero despiadamiento de las gentes, y que creía prestar aires de pueblo civilizado al pueblo por cuyas calles hacía resonar los aires de su organillo... había escapado de la servidumbre de un penoso trabajo mal retribuido ó tal vez de la falta de trabajo... iba á recoger, rastreando por el mundo, los réditos

del capital que había impuesto en la compra de aquel organillo, «el primer organillo que un buscavidas ambulante había traído á Madrid.»

¿Musú Chuleta estuvo enfermo y fué cuidado caritativamente? Es punto este harto oscuro en la biografía del grande hombre. ¿Debió á Polonia alguno de esos servicios que el hombre jamás puede olvidar? ¿Qué ocurrió en el corazón de aquel bohemio? Dios, que mira al corazón de los grandes como al de los pequeños y humildes lo sabe. Ello fué que en Junio de 1866, cuatro meses antes de disponerse M. Chuleta para volver á Francia... una mañana resonaba en las calles el tiro de fusil y el zumbido del cañón. M. Chuleta no había salido, ¿á dónde? ¡Para músicas estaba el tiempo! Y como Polonia hubiera tenido por necesidad que ir á una de las casas en que ella servía, M. Chuleta había propuesto quedarse al cuidado de Pepita... llegó la noche y el siguiente día... y al cabo de una semana se supo que la infeliz madre, al querer volver á su casa para abrazar á su hija, había recibido un balazo en la frente.

III

Cuando musú Chuleta, con el saco de sus ahorros penosamente logrados, entraba, y no á pie, sino en diligencia, llevando por equipaje su mágico organillo, en C., pueblecillo de las Landas, llevaba de la mano á «la españolita.»

Y abrazando á una pobre mujer que llorosa y trémula había salido á esperarle, dijo estas mismas palabras en *chapurrao*, pero que por el sentimiento que revelan son más hermosas que las de la más pulida y correcta dicción de idioma alguno:

— Mi mujer... no éramos *¡bon Dieul* con dinero, ni éramos con hijos... ya habemos para la nuestra vejez de las dos cosas: *cette é notre fille*, nuestra hija!

Y así como en Caprera Garibaldi, pasó en la modesta casa sus últimos días musú Chuleta, dejándonos la institución callejera de los organillos y pianos de manubrio... revolución del mundo.

JOSÉ ZAHONERO.

CANTAR

Por un beso tuyo
un cielo daría;
y por un beso de mi madre diera
el tuyo y el cielo y el alma y la vida.

MICRÓFILO.

LA VIRTUD DE LA ALCALDÍA

(SÁTIRA.)

Por ser un hombre de bien
y administrador honrado,
dieron á don Blas Hurtado
la alcaldía de Belén.

Y cuando supo don Blas
que su Ayuntamiento era
una inmundicia gazapera,
como todos los demás,
dió á las reformas principio
repartiendo sendos lapos,
que ahuyentasen los gazapos
que anidaba el Municipio.

Y averiguó que un edil,
regidor del Matadero,
era el más hábil torero
de la chusma concejil;
pues una vez descubiertas
las mañas del regidor,
vió don Blas que aquel señor
capeaba las reses muertas.

Supo que otro concejal
de tan limpio se jactaba,
que la inmundicia exportaba
de toda la capital;
y aunque había en su riqueza
más lunares que en la luna,
pudo labrar su fortuna
con muchísima limpieza.

Vió á otro edil, que presumía
de hombre tan recto y de bien,
que daba un corte á cercén
al árbol que se torcía;
vendiéndole á un carbonero
los despojos de la tala,

porque así la leña mala
producía buen dinero.

Vió que muchos concejales
iban siguiendo la pista
á todo contrabandista
por aquellos andurriales;
mas con tal fatalidad,
que los cacos siempre huían,
y los ediles volvían
con matute á la ciudad.

Como, por fin, le dijeran
que los miseros porteros
vivían como banqueros
cobrando como quien eran,
preguntó distintas veces
la razón del gatuperio,
y supo que era el misterio
de los panes... y los peccs.

Viendo, pues, don Blas Hurtado,
que era tan profundo el mal,
que no había concejal
que no estuviere manchado,
anunció que no quería
ser alcalde de Belén,
mientras los hombres de bien
no fuesen á la alcaldía.

La consecuencia es tan clara,
que no debo decir más.
Ya supondréis que don Blas
no volvió á empuñar la vara.

RAFAEL TORROMÉ.

SEÑAS PARTICULARES

No es tarea tan fácil la de describir, por más que crean los enemigos de descripciones en las novelas.

Y la prueba se halla en las descripciones oficiales y semioficiales con que tropezamos á cada gazapo, ó á cada paso.

Cuando «sobreviene» una falsificación de billetes del Banco de España, ó de títulos de la Deuda, ó de cualquier otro papel del Estado, se ve la dificultad que ofrece el describir con exactitud.

O los falsificadores son muy torpes, afortunadamente, ó los encargados de describir no están muy fuertes en el asunto.

Se ha descubierto una falsificación de billetes del Banco de España, de la serie... tal.

Se distinguen de los nuevos en el color del papel, que en los falsos es verde, y azul en los legítimos.

Además, los falsos carecen de transparencia, y no se lee en ellos al trasluz (ó al trascuerno) la línea en que dice: *Banco de España*, como en los auténticos.

En lugar de decir: *Tantas pesetas* en la orla y en el centro de la lámina, dicen: *Tantos kilos*.

En los mismos billetes el retrato de... ha sido reemplazado por el de Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

Donde dicen los buenos *Pagará...*, etc., en los malos se lee: *No pagará*.

El tamaño de los falsos es de dos centímetros de menos por cada lado, y el papel muy delgado, como el de los librillos de papel de fumar.

Como es tan fácil la equivocación, aun para las personas muy expertas, se avisa al público para su conocimiento.

No falta más, en el relato, que consignar que se diferencian los billetes falsos de los legítimos, en el olor, puesto que, hasta por el tacto, puede distinguirlos un ciego.

Algunos inventores de productos químicos para tocador ó para curarse los sabañones «inveterados», advierten en prospectos y en etiquetas:

«Exíjase la firma y sello del inventor.»

«Desconfiad de las falsificaciones.»

«Hay viles falsificadores.»

Y alguno de los inventores lo escribe así, que es más dramático y expresivo:

«¡Ay viles falsificadores!»

Pero no explican en qué se diferencian los productos legítimos de los falsificados.

Las descripciones son dificultosas.

Habrán leído ustedes varias veces edictos de juzgados mandan do proceder á la captura de sujetos presuntos criminales.

(Hay criminales presuntos y criminales presuntuosos, y no se debe confundir una clase con otra.)

En algunos de esos edictos se facilita la acción de las autoridades suministrando datos y señas particulares de los delincuentes.

Por ejemplo:

«Lleva pantalón berrendo en negro, cazadora *entrepelada*, chaleco no le gasta, gorra de seda con lustre de cinco generaciones de verdugos, y zapatos blancos vistos ladear.»

Está muy bien, y de seguro que si el hombre no tiene otra ropa, no hay equivocación posible.

En tropezando con un individuo que lleve las prendas mencionadas, á *chirona* con él, porque es el denunciado en el edicto.

Como los que publican algunos alcaldes cuando desaparece del término de su jurisdicción un pollino ó cualquiera otra caballería del vecindario.

«Se ha extraviado un «rucho» en los términos de esta su vecindad y la de...»

«Es menor y tiene un lunar en salva la parte, blanco y con cerdas de lo mismo. La persona que le hubiese encontrado le entregará en este Ayuntamiento, al que pertenece. Y se advierte que están tomadas todas las medidas para evitar su salida, bien sea solo ó con otros, ó como sea.»

¡Y que no habrá buches y pollinos mayores con lunares!

Leyendo algunos relatos de crímenes, en varios periódicos, me estremezco y me confirmo en la creencia de que las descripciones son muy difíciles.

«Ayer, á eso de las siete de la noche, ocurrió un sangriento suceso en la calle de... taberna, ó casa de vacas, ó peluquería (donde haya ocurrido.)»

»Parece que Tadeo N. y Lucas P., ambos del gremio de tahone-
ros franceses, habían estado jugando al *tute* durante tres ó cuatro
horas en la citada casa.

»De pronto uno de los franceses dirigió al otro estas palabras:
— *Ahl que tu est un petit cochon!*

(Quiere decir: «un colchoncillo.»)

Y el otro replicó, tranquilo al parecer, pero francés por dentro:
— *Et tu est donc un voleur.*

(«Un bolero,» vamos.)

»Pues bien, sin que mediaran más que estas y otras palabras,
inofensivas al parecer— continúa el que relata el hecho—se fueron
á las manos ambos sujetos.

»Mediaron los amigos y todo quedó arreglado, según creencia
de los circunstantes.

»Pero no fué así.

»Salieron juntos ambos contendientes, ya amigos, por disimulo,
y siguieron por las calles de...

»Se detuvieron varias veces para hablar y encender las pipas.

»Llegaron á tal parte.

(Aquí la descripción minuciosa de la «tal parte.»)

»Y Tadeo dijo al otro lo que ya le tenía dicho.

»Y Lucas repitió á Tadeo las mismas palabras que le había diri-
gido.

(Aquí una riqueza de pormenores asombrosa.)

»El Tadeo rugió furioso:

— *Tu vas á mourir!*

»Y Lucas replicó:

— *Le lâche! Le miserable!*

»El Tadeo se lanzó, cuchillo en mano, sobre Lucas, y le infirió
una profunda herida de poco más de cuatro pulgadas y media esca-
sas, en la región abdominal, dejándole cadáver al pronto.»

Las descripciones son difíciles.

No están al alcance de todos los mortales.

Hay señas particulares que merecen especial mención

Verbigracia:

La que suministraba un cesante al ministro de «un ramo,» pi-
diéndole reposición:

«Señor: considere V. E. que la familia y yo estamos viviendo en
funda, no en fonda ;donde nosotros habitamos no se puede comer
más que lenguados, porque no cabe otro pescado más gordo.»

EDUARDO DE PALACIO.

En la Plaza de Oriente, por Cilla.



«Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía...»

PÓSTUMA

(Lorenzo Stechetti.)

Si de la noche en la callada sombra
Alguna vez llegase á tu ventana
El débil eco de una voz lejana
Que doliente se queja y que te nombra:

Si de los prados en la verde alfombra
Cuando brille la luz de la mañana,
En la flor que tus trenzas engalana
Sorprendes una lágrima y te asombra:

No imagines que es gota de rocío
Y que te engaña un triste pensamiento;
Sabe que aquél es llanto y llanto mío.

Que no se queja entre la sombra el viento,
Que yo me muero y al morir te envío
Mi última trova y mi último lamento.

FRANCISCO A. DE ICAZA

MENUDENCIAS

Ya han hecho de las suyas con EL POBRECITO HABLADOR los
subalternos del Sr. Mansi.

¡Temprano empiezan!

Libros:

La muceta roja, novela, por D. José R. Carracido. Precio: cuatro
pesetas.

El amor y los ratones, poema vulgar, leído en el Ateneo de Ma-
drid el 15 de Diciembre de 1889, por D. José María Gutiérrez de
Alba. Precio: una peseta.

Alpha y omega, trilogía leída (la primera parte) en el Ateneo de
Madrid el 15 de Diciembre de 1889, por el mismo autor. Precio: una
peseta.

La chaquetilla azul, ó un roto para un descosido, novela de pun-
tas, por varios autores. Precio: una peseta.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

THE UNDERWRITING & AGENCY ASSOCIATION LIMITED

COMPUESTA PRINCIPALMENTE DE MIEMBROS ASEGURADORES DEL

Lloyd Inglés.

COMPAÑÍA DE SEGUROS MARÍTIMOS, FLUVIALES Y TERRESTRES

AGENTE APODERADO EN MADRID

JUAN COLL Y BRUSEL

Calle de Cedaceros, núm. 14, principal.

«Northern» Assurance Company.

LONDRES-ABERDEEN

COMPAÑÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y SOBRE LA VIDA

ESTABLECIDA EN 1836

Premios incendios.....	£	615.000	} Año de 1889.
Id. vidas.....	£	203.000	
Intereses.....	£	149.000	
Fondos acumulados.....	£	3.581.000	

AGENTE APODERADO

JUAN COLL Y BRUSEL

Cedaceros, 14, Madrid.

Para Casinos.

Barajas españolas opacas de Grimault y Chartier, de París, muy finas y satinadas; ni se clarean ni despintan: decena, de 3 á 5 pesetas. Se expiden á provincias. Depósito: A. Abad, Carrera de San Jerónimo, 31, segundo, Madrid.

MANUEL GONZALEZ

CARPINTERO Y EBANISTA

ARMADOR DE CUADROS

Especialidad en peluche y mapas.

San Lorenzo, 4, bajo derecha, Madrid.

FRANCISCO CANTERO

PROFESOR DE GUITARRA

Especialidad en aires andaluces.

LECCIONES A DOMICILIO

Espíritu Santo, 23 y 25, centro, segundo izquierda.

DOCTOR MONTES

MÉDICO-CIRUJANO

Caballero de Gracia, 56, principal.

Especialista en partos y enfermedades de los niños.

Horas de consulta: de 2 á 4.

Martínez y Torres.

COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Calle de San Miguel, núm. 19, bajo izquierda.

EL POBRECITO HABLADOR

PERIÓDICO DECENAL, LITERARIO, ILUSTRADO

Se publica los días 1.º, 11 y 21 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

España.

Trimestre.....	2	pesetas.
Semestre.....	3,50	íd.
Año.....	6	íd.

Ultramar y extranjero.

Año.....	12	pesetas.
----------	----	----------

PRECIOS DE VENTA EN ESPAÑA

Número corriente.....	15	céntimos.
Id. atrasado.....	25	íd.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN EN MADRID

Librerías de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo; de D. Miguel Guijarro, Preciados, 5; de D. Mariano Murillo, Alcalá, 7, y Librería Española, Calle de la Montera; Kiosco Nacional, Plaza de Pontejos, y Administración de este periódico, Apodaca, 7, segundo izquierda.

Pagos adelantados.

Horas de despacho: De diez de la mañana á una de la tarde, y de siete á diez de la noche.

Único representante para la venta en Madrid:

D. Emilio Braña y Navarrete, Plaza de Pontejos, Kiosco Nacional.